

Con fecha 25 del repetido Abril comunicaba desde Tecolutla, rancho perteneciente al Distrito de Acatlán, el Teniente Coronel Bernardino García, al Gobernador y Comandante Militar del Estado, lo que á la letra copiamos:

“Siguiendo las instrucciones de Ud. respecto á la misión que me dió para otros lugares, con fecha de ayer tuve que tocar el pueblo de Coayuca al frente de mi fuerza. Quería ver si adquiriría algunos soldados y recursos.

“Apenas teníamos dos horas de haber llegado á Coayuca, cuando nos cayó el enemigo de Tepexi, y en la riña que se trabó en el acto le hice siete muertos, entre los cuales encontré al comandante Barrales, que era el caudillo de los traidores, que tanta guerra ha dado en el Distrito de Tepexi, desde la guerra de tres años hasta el presente. Le hice además doce prisioneros, mismos que remito á Ud. con un piquete de infantería, al mando del capitán Martínez. Quedaron igualmente en mi poder diez caballos, seis mosquetes y siete fusiles.

“En mi fuerza, afortunadamente, no hubo desgracia alguna.

“Y al ponerlo en conocimiento de Ud., disfruto la honra de felicitarlo á nombre de mis subordinados y mío por tan brillante hecho de armas, que será precursor de otros nuevos que obtendrá para llenar de gloria á la patria en la línea de operaciones que tan dignamente manda Ud.”

Tropas del Estado, pertenecientes á la Brigada Ramos, y al mando del Coronel Rafael M. Bueno, derrotaron el 14 de Mayo á una fuerza intervencionista en el pueblo de Tlapa; y el 5 de Junio, el mismo día que verificaba su entrada en la Capital del Estado el Archi-

reaccionarias del rumbo, Antonio Pérez arremetió al enemigo con la intrepidez que lo caracterizaba, y que lo hacía tan temible entre sus contrarios: muerto su caballo en la refriega, cayó al suelo el jinete, pero puesto de pie inmediatamente, contempló con dolor al fiel compañero de sus fatigas y reveses, y al mismo tiempo de sus glorias y sus triunfos; y queriendo dejar al enemigo como único trofeo el cadáver del brioso animal, quitó el freno, aunque con mucho trabajo, pues la rigidez de la muerte hacía muy difícil esta operación, en seguida la silla, y después el resto de arneses de montar, y ello cuando estaba rodeado de adversarios furiosos que á quema ropa, y admirados de tanto valor, disparaban sobre él sus armas, y esgrimían los centelleantes aceros.

Algunos de sus valientes subordinados lo auxiliaron oportunamente; echó la silla sobre el caballo de alguno de ellos; brincó á la grupa de otro, y blandiendo su temible espada escapó triunfante del cerco que le había puesto el enemigo.

duque, declarado Emperador por la famosa “Junta de Notables,” una columna franco-traidora ocupaba la ciudad de Zacatlán, cuya guarnición, escasa en número para resistir, se retiró al pueblo de Ahuacatlán.

Los invasores, entre los que se contaba un regular número de los odiados traidores de Chignahuapan, se entregaron á toda clase de excesos y desórdenes contra una población inerme: el robo, el saqueo, el incendio de varios edificios (14 casas), pertenecientes á ciudadanos pacíficos; todo ello tuvo verificativo sin que hubiera habido poder humano que pusiera coto á esos desmanes.

Una señora octogenaria, D^a Rafaela Aldana, madre de los señores Herrero, personas honorables de la localidad, sufrió un tratamiento cruel de aquellos foragidos, por haberse opuesto, como era natural, al saqueo de su casa; sin que ni la ancianidad, ni el sexo, ni la debilidad hubieran sido motivo para impedir esos actos de marcado salvajismo.

Varias jóvenes de posición humilde fueron víctimas de la lascivia de aquellos infames sátiros, cuya huella nefanda quedó marcada con señales indelebles, que hacen que su recuerdo despierte en aquellos habitantes sentimientos de odio é indignación.

La crónica se ocupó de esos hechos, dándoles la publicidad debida por medio de la prensa que los comentó debidamente, poniendo de manifiesto la clase de civilización que se nos ofrecía, y de que eran portadores los *valientes* soldados de la Francia, nación que *desinteresadamente* venía á protegernos, trayéndonos en la punta de las bayonetas de sus genízaros, el orden, la paz y el bienestar, y cuya gloriosa bandera, según decía Forey, “lo mismo en Europa, que en América, representa la causa de los pueblos y de la civilización.”

No había transecurrido un mes, cuando volvió á ser invadida la población mencionada por fuerzas franco-traidoras.

Un día del mes de Julio se anunció su presencia con los gritos, carreras y tiroteo de costumbre: la escasa guarnición se retiró oportunamente, quedando el vecindario y sus intereses á merced del invasor que tanto se distinguía por sus instintos vandálicos.

Servíale de descubierta el tristemente célebre Escuadrón de Chignahuapan, formado de la hez de la sociedad; y dos de sus hombres de apellido Ricaño, se adelantaron un poco para anticiparse en el pillaje llegando de los primeros á la plaza principal, donde se encontra-

ron á los jóvenes Ignacio Becerra y Miguel Oropeza, quienes, armados, aunque sin pertenecer á la fuerza pública, defendían su vida y sus convicciones liberales y republicanas de la agresión de que casi diariamente era victima Zacatlán, lugar de su residencia.

Entablóse en el acto la lucha; y más ágil ó más valiente Becerra, logró matar á uno de los agresores, emprendiendo en el acto la fuga en dirección á la Barranca, distante como unos doscientos metros del teatro del combate.

Ricaño, el que sobrevivió, y que era hermano del muerto, profiriendo blasfemias y echando espumarajos, juró vengarse: colocó el cadáver sobre el caballo del que había sido su propietario, y marchó con él á encontrar á sus compañeros que estaban ya muy cerca, y quienes en presencia de aquel espectáculo, aumentada la detestable pasión de la ira y del ciego furor que los dominaba, arremetieron contra una población inerte descargando su cólera sobre toda ella, que sufrió los horrores del robo, del asesinato en ciudadanos indefensos, del saqueo y de los demás atropellos que eran como su necesaria y legítima consecuencia.

La ciudad contaba entre sus mejores edificios, una casa comercial, bastante notable, en otro tiempo, por su riqueza y excelentes transacciones que celebraba, y la cual pertenecía á la opulenta familia Cravioto, de Huauchinango: el encono y la rabia de aquella turba salvaje se cebó en esa finca, poniéndole fuego en el acto, sin consideración de ninguno clase, pues estando situada en el centro de la población, las llamas del incendio que abarcaban una extensión grande, avivadas por un fuerte viento que en esos momentos soplaba, pudieron haber convertido en cenizas á todo un pueblo, cuyos pacíficos moradores presenciaban atónitos aquella *hazaña* digna de caribes, y muy propia de los aliados de la Intervención.¹

Una imponente y majestuosa columna de humo se elevaba sobre el horizonte, y señalaba con su siniestra y rojiza luz el lugar de la catástrofe: algunas otras casas sufrieron igual suerte, contándose entre

¹ En prueba de nuestro aserto diremos que las casas de los Sres. Cura Don Agustín Pastana, Márquez Galindo, Don Antonio Rivera, Don José A. Palacios, Don Mariano García y otras contiguas á la que estaba siendo presa de las llamas, ya empezaban también á arder, teniendo sus dueños que emplear una faena bastante laboriosa y complicada para impedirlo.

ellas la del Capitán de Guardia Nacional, Ciudadano Juan Arroyo, constante defensor de la libertad y la Independencia; y aquella escena de desolación, de luto y de lágrimas, que, repetimos, presenciaba muda de espanto una sociedad consternada, y en la que la barbarie y el crimen eran los principales protagonistas, terminó por la llegada de la tropa francesa, que horrorizada de aquellos desmanes, los desaprobó desde luego, contribuyendo con el vecindario á extinguir el voraz elemento, y á restablecer hasta donde era posible el orden y la tranquilidad que habían huído de aquellos infortunados lugares.

Sin embargo de lo expuesto, el sanguinario Bazaine, tomando por pretexto el ataque dado á la hacienda de Mal Paso, por una banda de republicanos, expidió una Circular, en la cual lleno de ira por la defensa que hacían los patriotas mexicanos de su libertad é Independencia, calificaba de bandidos á los juaristas, y ordenaba que éstos, "sean cuales fueren los grados que hayan tenido en el ejército, y cualesquiera que sean las funciones que hayan desempeñado en la administración, les será aplicada la ley marcial en todo su rigor," en cuya virtud, "todo jefe que sea cogido con las armas en la mano y cuya identificación pueda hacerse inmediatamente, será fusilado en el mismo lugar: los que no puedan ser reconocidos al punto, ó que sean hechos prisioneros después del combate, serán juzgados por una corte marcial."

Rodríguez Bocardo que se había pasado al campo de los invasores, tan luego como se rindió la plaza de Zaragoza, participó al Prefecto Político de esta ciudad, con fecha 13 de Junio, que una fuerza de 100 hombres, mitad suya y la otra de la Legión Extranjera, derrotó á otra republicana como de 200 hombres, en el punto de Pochinco: el mismo Jefe comunicó haber atacado la plaza de Altotonga, y dispersado una fuerza de republicanos que allí había.

El Prefecto de San Juan de los Llanos comunicó con fecha 18 del mismo mes, que según noticia que le remitió el Alcalde de Teteles, éste batió una fuerza de *disidentes*, como de 200 hombres, procedente de Tlatlauqui.

El jefe republicano, Teniente Coronel Ladislao Cacho, se presentó con una fuerza en la Hacienda de Buenavista, distante cuatro leguas de Tehuacán, el día 13 de Julio; y merced á una excelente y oportuna combinación que supo llevar á cabo, y en la que desplegó tanta habili-

dad como valor, hizo prisionera una fuerza de rurales del Distrito, y que se encontraba allí.

Pasados algunos días, el Coronel Figueroa llegó á la hacienda de Tilapa con su fuerza: salió de Tehuacán, en su persecución, el Comandante Bolaños, enviado por la Comandancia superior.

Figueroa se retiró, siguiéndolo en persecución el mismo Bolaños, con una sección de caballería y varios piquetes de infantería de la llamada "Guardia Civil."

Como se ve, la guerra no cesaba, y el territorio del Estado, lo mismo que la República entera, estaba siendo víctima de ese terrible azote en que desaparecían á la vez los pueblos y las haciendas, los hombres y las fortunas.

A mediados de Agosto, le tocó su turno á la ciudad de Huauchinango, población liberal y floreciente, que apenas había sido visitada el año anterior por una fuerza francesa, según lo tenemos consignado en el lugar correspondiente; pero á diferencia de la primera visita, en que puede decirse, en obsequio de la verdad, que poco sufrió, esta segunda se verificó de muy distinta manera.

La población expresada, merced á su situación topográfica y á la laboriosidad de sus vecinos, disfrutaba de cierto bienestar, no obstante los rudos embates de la guerra, cuyos efectos desastrosos apenas se le habían hecho sentir.

Rica, hospitalaria, abundante en recursos de todas clases, fué la delicada presa en que clavó sus garras el tigre de la invasión, y al efecto, la madrugada del 18 de dicho mes, el Coronel Tourre, con un batallón de los famosos zuavos y un piquete de traidores entró en ella; y sin que hubiera resistencia, pues la corta fuerza que la guarneecía se retiró al punto de Necaxa, fué entregada al saqueo más horroroso que pueda imaginarse.

Nada escapó á la rapacidad francesa, corriendo igual suerte las casas de los ricos y las chozas de los pobres, sin exceptuarse ni el templo parroquial, cuyos paramentos y cuyas alhajas y reliquias de los santos fueron befordos y escarnecidos por una soldadesca brutal, que después del robo se entregó á los excesos de una inmunda bacanal.

El jefe francés en estado de completa ebriedad, y encaramado en el balcón de la casa de su alojamiento, azuzaba á sus genízaros para que la obra de destrucción quedase perfectamente consumada; y éstos

que poco necesitaban de tal estímulo para saciar sus instintos feroces, se entregaron al desorden durante el corto plazo de un día y medio que permanecieron en aquella población desdichada, teatro señalado de su *inmortal conquista*.

El retorno hacia Tulancingo, punto de partida, se verificó de una manera grotesca, pareciéndose más bien al desfile de una comparsa de carnaval, pues los tales zuavos, ataviados con los desechos del pillaje, y muchos de ellos con los ornamentos sacerdotales, llevando á cuestas monos, gallinas, loros, pericos y hasta pequeños marranos; fruto del saqueo, ofrecían un espectáculo caricaturesco que mucho dió que hablar y decir al vecindario y que aún en el día es recordado con horror.

Uno de los vecinos que más sufrió en sus intereses, lo fué el acaudalado y probo comerciante Don Manuel Andrade, quien, urgido por la necesidad, formuló ante Bazaine su queja, y éste le contestó en los términos siguientes:

"México, 21 de Agosto de 1864.—Para instruir á Ud. de la conducta que debe seguir respecto de la reclamación relativa á su propiedad en Huauchinango, tengo la honra de informar á Ud. que en ningún país del mundo son responsables de sus hechos los ejércitos que obran en nombre de un Gobierno. Al Gobierno mismo debe Ud. presentar la reclamación que le interesa y *que puede ser fundada*."

La declaración del jefe del Cuerpo expedicionario, era ni más ni menos que la canonización del crimen, una de sus más repugnantes formas, pues como dice Arrangoiz, de quien tomamos la resolución que antecede: "el lenguaje del jefe del ejército auxiliar de los mexicanos que querían orden, paz y seguridad, era tan propio para ganarle partidarios á la intervención, como la conducta de sus tropas: saquear, asesinar á los habitantes de una población, á amigos y enemigos, para hacer prosélitos de una causa, es un sistema que no creo se haya ensayado hasta ahora más que por los franceses en México; su resultado es bien conocido."

La guerra que devoraba al país, y cuyo aliento de muerte se hacía sentir de manera terrible, dejaba en su tránsito, ó más bien, en su marcha asoladora, algo como un legado funesto ó herencia perniciosa, fruto de ese estado de cosas imposible de modificar.

Una pequeña agrupación de gente de combate, valiente y decidida,